

XXVI Domingo Tiempo Ordinario

Amós 6, 1a. 4-7 Timoteo 6, 11-16 Lucas 16, 19-31

“No harán caso ni aunque resucite un muerto”

26 Septiembre 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“HOMBRE DE DIOS, PRACTICA LA JUSTICIA, LA PIEDAD, LA FE, EL AMOR, LA PACIENCIA, LA DELICADEZA”

Leía hace unos días a Sabine Berman, una sicóloga, que decía: “Tenemos que aprender de las conductas de felicidad, cooperación y amor animal”. Y lo decía en relación a nuestra incapacidad para dar amor y entregarnos, para hacer felices a las personas con las que vivimos. Ponía como ejemplo a los animales, a los monos, y la verdad es que no me parecían un dechado de virtudes. Daba a entender que nosotros, seres humanos, no somos capaces de amar de verdad y los animales sí. Algo de razón tiene en su análisis y tal vez son los animales un ejemplo en ciertas conductas. Sin embargo, no creo que su ejemplo pueda ayudarnos a crecer en nuestro amor. Creo más en los santos. **El P.**

Kentenich decía: “Negar los vínculos personales, no tomarlos en cuenta, termina por formar un tipo de hombre sin carácter, sin alma, sin Dios y, por lo tanto, herido en su capacidad de dar y recibir amor”¹. Muchas personas sufren hoy porque no logran amar ni ser amadas. Esta incapacidad para los vínculos y para cuidar las relaciones, nos acaba secando. Cuando no amamos de verdad, no podemos regalar los dones que llevamos en nuestro interior.

¿Cuál es el camino? ¿Cómo podemos crecer en nuestro amor y en nuestra entrega?

En la segunda lectura de hoy escuchamos un camino muy concreto para amar mejor: “Hombre de Dios, practica la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la delicadeza. Combate el buen combate de la fe. Conquista la vida eterna a la que fuiste llamado, y de la que hiciste noble profesión ante muchos testigos. En presencia de Dios, que da la vida al universo, y de Cristo Jesús, que dio testimonio ante Poncio Pilato con tan noble profesión: te insisto en que guardes el mandamiento sin mancha ni reproche, hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo, que en tiempo oportuno mostrará el bienaventurado y único Soberano, Rey de los reyes y Señor de los señores, el único poseedor de la inmortalidad, que habita en una luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver. A él honor e imperio eterno. Amén”. Timoteo 6, 11-16. El camino descrito parece fácil pero no nos resulta tan evidente en nuestra lucha diaria. Se trata de conquistar la vida eterna, de aspirar al cielo y de no conformarnos. Para ello el camino es está marcado por la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia y la delicadeza. Si somos justos en nuestro actuar, si mostramos piedad, paciencia y delicadeza, si amamos con todo el corazón y mantenemos firme nuestra fe, todo será más fácil. **Pero nuestros límites personales se convierten en la barrera que no nos deja amar de verdad.**

EL CAMINO ES LA MISERICORDIA: “En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: «Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas”. En la descripción de la parábola se presenta con sencillez la vida de dos hombres. Sólo aparece el nombre del pobre, Lázaro. El nombre del rico no se menciona, (es conocido como el rico epulón). **San Gregorio** dice: “El Señor no cita el nombre del rico, sino del pobre. Porque el

¹ José Kentenich, “Textos pedagógicos”

Señor conoce y ama a los humildes y desconoce a los soberbios". El nombre de los que sufren está inscrito en el corazón de Dios. Lázaro significa: "Aquel al que Dios Ayuda". Por su parte, el rico vive banqueteando y disfrutando del presente. Ignora al que sufre y no ejerce la misericordia. No piensa en el futuro, porque cree que la vida se juega en cada momento. Cree que nada de lo que haga tiene relevancia en la vida eterna. No es capaz de amar, no sale de su egoísmo y sólo piensa en él. *¿No caemos con mucha frecuencia en una actitud semejante? ¿No nos encerramos en nuestro mundo sin mirar a otros?*

NO SE TRATA DE UNA SIMPLE CRÍTICA CONTRA LA RIQUEZA NI DE UNA EXALTACIÓN DEL VALOR DE LA POBREZA. Así lo explica **S. Juan Crisóstomo:** "No toda pobreza es santa, ni todas las riquezas son pecaminosas". No es una simple crítica contra los ricos. Jesús tuvo amigos ricos. Aunque siempre señalaba los peligros de la riqueza, cuando el corazón se apagaba a ella. Nos recuerda **S. Ambrosio:** "Llama inicuas las riquezas, porque sus atractivos, tientan nuestros afectos por la avaricia, para que nos hagamos esclavos tuyos". El profeta **Amós** denuncia a aquellos ricos que viven practicando la injusticia y haciendo mal uso de aquellos bienes que han recibido de forma gratuita: "Así dice el Señor todopoderoso: « ¡Ay de los que se fían de Sión y confían en el monte de Samaria! Os acostáis en lechos de marfil; arrellenados en divanes, coméis carneros del rebaño y terneras del establo; canturreáis al son del arpa, inventáis, como David, instrumentos musicales; bebéis vino en copas, os ungís con perfumes exquisitos y no os doléis del desastre de José. Pues encabezaráis la cuerda de cautivos y se acabará la orgía de los disolutos.» Amós 6, 1a. 4-7. El peligro que encierra la riqueza es el de la autosuficiencia. El rico cree que no necesita nada ni a nadie. Cree que el dinero, su poder y posición, le dan todo lo que requiere. Se siente seguro en esos bienes que pasan sin dejar huella. Decía el **P. Kentenich:** "El hombre que se siente seguro apoyándose en sí mismo es el más inseguro. Porque esto va contra el orden de ser, porque somos criaturas. Cuanto más me abandone, tanto más me gano a mí mismo"². Por eso hoy, al observar la vida del rico epulón, nos preguntamos: *¿Estamos atados a nuestra riqueza? ¿Nos pesan nuestros bienes y se adueñan de nuestro corazón?*

La pobreza tampoco es un camino fácil de salvación. La pobreza puede alejar de Dios y llenar el corazón de amargura y odio. **S. Juan Crisóstomo** describe el estado de Lázaro: "Las llagas que ningún hombre se atrevía a tocar, eran lamidas por un animal compasivo". El perro es más compasivo que el hombre y se apiada del pobre. La pobreza es carencia y la ausencia de lo necesario y puede conducirnos a la desesperación y a la tristeza. Si el corazón que vive la pobreza ve en ella un camino de liberación, todo cambia. En ese caso puede descubrir la verdadera riqueza en esta vida, desapegado de los bienes que tantas veces nos atan. La pobreza como opción es un camino seguro para descansar en Dios, cuando Dios nos llama a vivirla plenamente: "Jesucristo, siendo rico, se hizo pobre, para enriqueceros con su pobreza". Jesús se desprendió de todo para tomar nuestra vida en sus manos y enriquecernos con su pobreza. **Nos invita el Señor a vivir la pobreza y la austeridad en nuestra vida, a poner nuestros tesoros en el corazón de Dios.**

JESÚS QUIERE QUE VIVAMOS LA MISERICORDIA CON EL QUE SUFRE. Dice **San Cirilo:** "Los que abundan en riquezas terrenas, se hacen reos de una gran condena, si no quieren socorrer las necesidades de los pobres". La crítica va dirigida a aquellos que, aferrados a sus bienes, no ejercen la misericordia con los pobres y necesitados. Seremos juzgados en el amor, lo sabemos y se nos olvida. **En la película "El estudiante"** comenta el protagonista: "Pensamos que amar es tener derechos, pero la ironía del amor es que se funda en renuncias; pensamos que amar nos legitima a tener, nos olvidamos que el amor es ceder, darse". Muchas veces reconocemos que no sabemos amar. Creemos que el amor son derechos y nos olvidamos de las renuncias, pensamos que amar es poseer y nos olvidamos que es

² José Kentenich, 1966

entregar lo que somos y tenemos. Cuando no sabemos amar a otros, los retenemos, cuando no sabemos darnos, exigimos. Pero sucede también que nos olvidamos de la cruz que va impresa en el amor. El corazón de Cristo está llagado, herido y roto. Nuestro amor también sufre cuando ama. Sufre cuando no recibe lo que espera y sufre cuando pierde lo que ama. El corazón que ama, se parte y sufre y eso nos cuesta aceptarlo. Cuando no lo aceptamos nos cerramos y no queremos darnos más. El otro día una persona me comentaba que no sabía amar, porque había sufrido mucho la pérdida de seres queridos y ya no sabía si era capaz de sufrir más. **Cuando dejamos de amar, nuestra alma se va secando y muere, como le pasaba al rico de la parábola.**

Justo esta semana hemos celebrado a NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED. El significado del título "Merced" es ante todo "misericordia". La Virgen es misericordiosa y también sus hijos pueden llegar a serlo, porque el amor asemeja. Esto significa que recurrimos a ella ante todo con el deseo de asemejarnos a Ella y a su hijo Jesús como signos de la misericordia divina. La Virgen llama a **Pedro Nolasco** y le revela su deseo de ser liberadora a través de una orden dedicada a la liberación de los cautivos de los musulmanes. Nolasco le dice a María: "*¿Quién eres tú, que a mí, un indigno siervo, pides que realice obra tan difícil, de tan gran caridad, que es grata Dios?*" Y María le dice: "*Yo soy María, la que le dio la carne al Hijo de Dios, tomándola de mi sangre purísima, para reconciliación del género humano*" Y Pedro Nolasco contesta: "*¡Oh Virgen María, madre de gracia, madre de misericordia! ¿Quién podrá creer que tú me mandas?*". "*No dudes en nada, porque es voluntad de Dios que se funde esta congregación; será una familia cuyos hermanos, a imitación de mi hijo Jesucristo, estarán puestos para ruina y redención de muchos en Israel y serán signo de contradicción para muchos.*" María nos pide que nuestra misericordia sea un signo de contradicción para muchos, como lo ha sido siempre la vida de los santos. La misericordia es una señal de Dios que rompe los esquemas humanos. El corazón busca el propio interés y cae en el egoísmo. María, nuestra Madre, que no se olvida nunca de nuestra necesidad, nos enseña a ser así. No es fácil mirar a nuestro alrededor buscando necesidades. Huimos las complicaciones y no queremos que nos cambien los planes. **María nos enseña esta forma nueva de amar y de vivir volcados con el que sufre.**

La semana pasada fuimos testigos de la beatificación del Cardenal Newmann. Un hombre que sintió la llamada de Dios en su vida a amar y a darse, sin rehuir sufrimiento. Comentaba **Benedicto XVI**: "*En la oración puede entenderse esta experiencia recogida por los escritos del cardenal británico: "Tengo mi misión, soy un eslabón en una cadena, un vínculo de unión entre personas. No me ha creado para la nada. Haré el bien, haré su trabajo; seré un ángel de paz, un predicador de la verdad en el lugar que me es propio... si lo hago, me mantendré en sus mandamientos y le serviré a Él en mis quehaceres".*" El Cardenal Newmann supo amar y entregar la vida sin reservas. Quería ser un ángel de la paz, un vínculo de unión entre personas. No es fácil imaginar así nuestra vida. Cuando encontramos nuestra misión en la vida todo es más fácil. Estamos llamados a amar de esta forma, a cumplir la misión en la tierra que Dios nos tiene preparado. Cuando vemos cómo la Iglesia reconoce la santidad de un hombre, nos damos cuenta de lo lejos que estamos del ideal. Los santos, cuando los recordamos y vemos su vida, son un reflejo de cómo estamos llamados a vivir. El **Padre Pío**, a quien hemos celebrado esta semana, decía: "*No hay tiempo mejor empleado que el que se invierte en santificar el alma del prójimo*". Nuestra vida está llamada a santificar a aquellos con los que entremos en contacto. Y decía la **Madre Teresa**: "*No debemos permitir que alguien se aleje de nuestra presencia sin sentirse mejor y más feliz*". No obstante, nos preguntamos: **¿Qué hacemos para santificar a los que nos rodean?**

EL SEÑOR LIBERA A LOS QUE SUFREN Y DA CONSUELO A LOS QUE PADECEN EN ESTE MUNDO. El salmo expresa esta realidad: "*Alaba, alma mía, al Señor. Él mantiene su fidelidad perpetuamente, Él hace justicia a los oprimidos, Él da pan a los hambrientos. El Señor libera a los*

cautivos. El Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos, el Señor guarda a los peregrinos. Sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados. El Señor reina eternamente, tu Dios, Sión, de edad en edad". Sal 145, 7. 8-9a. 9bc-10. Sabemos que Dios es el que sana, el que levanta, el que nos da la esperanza que muchas veces nos puede faltar, cuando nuestro espíritu se dobla y está a punto de caer. Dios es la misericordia en nuestras manos, porque su amor ama en nosotros. Él es por tanto el que santifica a otros y los hace felices, cuando nos dejamos utilizar, cuando nos sentimos un eslabón de una cadena. No tiene mérito santificar a otros, porque es Dios quien lo hace a través de corazones que se pliegan dócilmente a su voluntad. Si pensamos que somos nosotros, que la misericordia es nuestra, que el Espíritu es nuestro espíritu, perdemos la fuerza que no poseemos, porque es de Dios. Por ello es tan importante rezar este salmo. Nos sentimos desvalidos y suplicamos, volvemos la mirada a Dios y nos sentimos incapaces de amar tal como Él quiere que amemos. **Sin Dios nada podemos, sin Él no hay santificación posible, ni tampoco tenemos misericordia.**

LA ESPERANZA DEL CIELO AGUARDA AL QUE SIGUE EL CAMINO DEL SEÑOR: "Sucedío que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abraham". Cuando pensamos en la vida eterna y en el cielo no acabamos de comprender lo que de verdad significa. ¿Qué haremos en el cielo? ¿Cómo y con quién estaremos? Son preguntas que tocan el alma. Muchas veces me toca escuchar las dudas que atormentan el corazón: *¿Es de verdad ese cielo prometido? ¿Cómo será el encuentro con el Señor y con nuestros seres queridos?* Nuestra fe nos habla de esa continuidad con nuestra historia, con nuestro amor. La meta de nuestra vida es crecer en el amor para que un día nuestro amor débil y enfermizo sea elevado en el amor sin límites de Dios por nosotros. Ese cielo es en el que creemos, en el que nuestra vida será plenitud y la contemplación de Dios será nuestra vida. Por eso, lo contrario al cielo es la ausencia de Dios, donde la contemplación del que nos ama resulta imposible. El cielo es entonces el lugar donde los sueños son realidad y el único deseo es ver a Dios y estar con Él para siempre. Seguro que no nos resulta fácil entenderlo. Nuestra imaginación no llega a captar todo lo que el cielo puede ser. Sin embargo, si somos sinceros con nuestro corazón, en nuestro interior hay un deseo insaciable, un anhelo de plenitud que no se puede tapar. El cielo, como deseo, está impreso en el alma desde que nacemos y rompemos a llorar. **El infinito es el grito de nuestro corazón que no se conforma con lo caduco y no entiende esta vida pasajera.**

EL INFIERNO ES LA REALIDAD DEL ALEJAMIENTO DE DIOS: "Se murió también el rico, y lo enterraron. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno, y gritó: "Padre Abraham, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas. " Pero Abraham le contestó: "Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros." Comenta **S. Juan Crisóstomo:** "Entonces murió según el cuerpo, pero su alma estaba ya muerta. Porque todo el fervor que nace del amor al prójimo había expirado en ella". El infierno es esa otra realidad que tampoco entendemos. Nos indigna pensar que alguien pueda estar allí para siempre. Su existencia, sin embargo, hace posible la verdadera libertad. El corazón puede elegir la ausencia de Dios, aunque nos resulta difícil creer que alguien pueda llegar a hacerlo. El infierno descrito en la parábola consiste en la imposibilidad de contemplar a Dios, al vivir lejos de Él. En su desgracia el rico puede ver la alegría de Lázaro, a quien él había despreciado en vida. Y añade **S. Juan Crisóstomo:** "No era atormentado porque había sido rico, sino porque no había sido compasivo". Sabemos que el juicio final será en el amor. Seremos probados en el amor, no en esa perfección que a veces pretendemos. El otro día una persona decía: "Si la meta de nuestra vida fuera otra, el sufrimiento no tendría sentido. Pero como la meta es crecer en el amor, el

sufrimiento es la vía más corta". El sufrimiento de Lázaro le llevó a amar más. Las comodidades del rico epulón le llevaron a amar menos. El rico dejó de amar y no fue misericordioso y su falta de amor le hizo vivir lejos de Aquel a quien nunca amó. El infierno es ausencia de amor y de paz. El cielo es la plenitud en el amor. **Cuando vivimos en el amor, cuando nos detenemos ante el dolor de los que nos rodean, cuando nos vaciamos por los demás, nuestro cielo será la plenitud de lo que aquí ya vivimos.**

PERO A VECES ESPERAMOS SIGNOS ESPECIALES QUE NOS MUESTREN LA VOLUNTAD DE DIOS PARA ASÍ CAMBIAR DE VIDA. Continúa la parábola: "El rico insistió: "Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento." Abraham le dice: "Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen." El rico contestó: "No, padre Abraham. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán." Abraham le dijo: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto." » Lucas 16, 19-31. Los signos que nos da Dios para descubrir su voluntad son señales que a veces nos pasan desapercibidas. Un ejemplo de luz nos lo ha dado un joven sacerdote martirizado durante el nazismo, **Gerhard Hirschfelder.** **El pasado domingo fue beatificado en Colonia.** Pertenecía al primer grupo de sacerdotes del Movimiento de Schoenstatt y murió en el campo de concentración de Dachau. En el infierno de un campo de concentración halló la santidad. **Benedicto XVI** se refirió a estos testimonios de los mártires como "*indicaciones luminosas*": "Son hombres que enseñan a dar la propia vida por la fe, por el derecho a ejercer libremente su propio credo y por la libertad de palabra, por la paz y la dignidad humana". Son necesarias muchas indicaciones luminosas que muestren el camino. Son las señales que envía Dios. No para asustarnos con la posibilidad del infierno, sino para animarnos con la felicidad del cielo. Nosotros estamos llamados a ser la luz que señale una nueva forma de vivir. **Si vivimos la vida sabiendo que somos instrumentos del amor de Dios, todo cambia.**

Sin embargo, nos cuesta encontrar la voluntad de Dios. Pasamos, como el rico epulón, por delante de muchos Lázaros, sin darnos cuenta del amor que suplican. Buscamos grandes experiencias de Dios, visitamos lugares santos, pero luego, en la rutina diaria, no vivimos en Dios y nuestra alma se seca lentamente. El hombre rico pensaba que si un muerto resucitaba y se presentaba a sus hermanos, ellos cambiarían de vida. Jesús sabe que, aunque veamos grandes milagros, no por ello vamos a cambiar nuestra forma de vida. Seguiremos aferrados a nuestros miedos y seguros en nuestra fuerza, esperando la gran señal que nos indique una forma distinta de vivir. Decía **Benedicto XVI en Londres:** "Pedidle la generosidad de decir 'sí'. No tengáis miedo a entregaros completamente a Jesús. Él os dará la gracia que necesitáis para acoger su llamada". Nuestro sí ha de brotar en el silencio del corazón. No hará falta que veamos grandes signos. No hace falta. Sólo necesitamos **renovar nuestro sí y decirle a Dios que queremos vivir tal y como Él nos lo pide.**

ESTAMOS LLAMADOS A CRECER SIEMPRE, A NO CANSARNOS DE AMAR Y DE ENTREGAR MÁS CADA DÍA. Aunque es verdad que el cansancio nos puede desanimar a veces y tentar para no amar tanto, no podemos conformarnos y llevar una vida mediocre. Si creemos que podemos mejorar, que podemos crecer, no nos detendremos nunca. Si, por el contrario, creemos que nos es posible, nos quedaremos sentados y no lucharemos más. El ejemplo de **Rafa Nadal** también hoy nos sirve. Después de ganar su último torneo decía: "Tienes que mejorar siempre y estar preparado para trabajar con humildad e ilusión cada día". Ni el cansancio ni los éxitos hacen que se desanime y crea que ya lo ha logrado todo. No mira con orgullo por encima de nadie y no piensa que hace todo bien o perfecto. Esa humildad y esa capacidad para seguir luchando y mejorando cada día son claves en la vida, son un ejemplo para nosotros. Nuestra vida es un camino hacia el cielo en el que no hay tiempo para la mediocridad o para abandonarnos al borde del camino. **Queremos crecer en el amor y en la misericordia y nuestra meta es ese amor infinito de Cristo en la cruz.**